El CEC[1] y su influencia sobre mi hacer cómo artista

Teología de La liberación, Educación Popular Vida en Comunidad

Por Jaime Enrique Barragán Antonio

Intro.

Una parte de mis amigos y conocidos dicen ser ateos, otras casi monjas, otros casi curas, otros se declaran militantes de diferentes tendencias políticas, algunos le apuestan al tema ecológico y otros al organizativo. También los hay que prefieren no meterse en nada, pero que en todo caso acuden a cuanta iniciativa aparece: un proyecto, un taller, un evento artístico. La gran mayoría pasó por la experiencia del CEC, hizo parte de sus grupos, de sus espacios de discusión y formación. Hoy, continuamos juntos aunque no nos veamos todo el tiempo, sospechamos que existe algo en nuestro hacer que nos mantiene unidos y que de paso nos impulsa a seguir

Desde hace años me dedico a generar relaciones, a tejer, unir y reconstruir, tratando, eso sí, de no creerme demasiado importante, pero sintiendo que aún es posible cambiar el mundo, aunque mundo es algo que ahora me suena muy grande:

Vivo en Usme, localidad quinta de Bogotá, conocida también como "Chusme", o como el culo del mundo; y de manera reciente como Usmekistan. Soy artista plástico, ñero rescatado, es decir un neoñero, un líder dicen unos, un man buena papa dicen otros, una "chimba" los más jovencitos. Hoy quiero compartir lo que significó haber hecho parte del Centro de Expresión Cultural Fe y Alegría Santa Librada, tal vez porque luego de años de hacer, he descubierto que mucho de que lo hago y digo está marcado por esta experiencia. Como siempre, descubro el agua tibia y me asombro: trabajo y trabajo y después me doy cuenta de los sentidos e intencionalidades que he construido, es decir, medio bestia y todo, logro no desviarme de los principios que hace tiempo prometían un mundo mejor, más justo y solidario.

Haber hecho parte del CEC permitió que mi práctica como artista tuviera un lugar, y que desde allí afianzara el arraigo que me mantiene dentro de diferentes procesos comunitarios que se llevan a cabo en la localidad. Siento que sin lugar no es posible la dignidad, y menos aún la dimensión política. Creo que el arte permite recuperar el "lugar" y de paso construir el Reino. Pero bueno eso es casi una conclusión y prefiero no sonar dictador. También creo que el arte es siempre más de lo que uno puede ver. En todo caso, y como el tema es el CEC, vale la pena recuperar algo de su historia.

[1] CEC- Centro de Expresión Cultural Fe y Alegría Santa Librada. Localidad quinta Usme- Bogotá

EL CEC es fundado en el año de 1988, y surge por iniciativa de la Hermana Pilar Alonso[2], religiosa de la comunidad de las Carmelitas de la Caridad Vedrunas, que llegaron a la localidad el 23 de noviembre del año de 1977, invitadas por el padre Guillermo Vélez de Fe y Alegría, movimiento al que las hermanas se unen para dar inicio al trabajo que desde ese entonces realizan en la localidad. Surge como un espacio alterno a la jornada escolar acogiendo jóvenes que por una u otra razón no pueden acceder al espacio de educación formal y a niños y niñas pertenecientes a la Escuela Fe y Alegría. En su fundación, participan jóvenes que realizaban su labor de servicio social en la biblioteca que las hermanas Vedrunas habían creado junto con el colegio y al centro médico. Empezó con cuatro grupos de trabajo: t*eatro, títeres, artes gráficas y grabaciones* que en ese momento sólo atendían a jóvenes.

Para el año 2004 los grupos pasaron de 4 a 140, gracias al apoyo de los padres de familia, y las gestiones realizadas ante Children of the Andes, el Programa por la Paz, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y al apoyo fundamental de la Fundación Compañeros del Niño y el Anciano. Y claro, todo el trabajo voluntario que donaron vecinos y vecinas y mis amigos de los que hablé al comienzo.

Los grupos se dividían en modalidades: infantil, prejuvenil, juvenil y semillero que atendía a niños y niñas entre los 4 y 6 años. También se crearon los grupos de formación de padres, en los que se recibía formación en pautas de crianza, estimulación temprana y nutrición. La propuesta formativa creció a la par con el centro y mantuvo una estructura dividida en 3 áreas: Pastoral Formativa, Área comunitaria y Área Artística, en un trabajo coordinado e interrelacionado, desde un equipo de dirección que al igual que la mayoría de integrantes de cada una de las áreas, se había venido formando dentro del CEC. La apuesta inicial enmarcada dentro del llamado que se generaba desde Medellín y Puebla y desde el Concilio Vaticano II, confluía en una pastoral juvenil al que el arte se incorporó. Juntando de manera particular teología de la liberación y educación popular, lugares desde donde se definían las apuestas del proyecto:

El CEC nace para dar respuestas a la realidad de abandono y desorientación de los jóvenes de la zona que "no caben" en los grupos juveniles parroquiales, brindando así nuevas alternativas de pastoral a través del arte, que favorecen el desarrollo personal y comunitario, logrando que el joven pueda desarrollar sus valores y cualidades y los ponga al servicio de la comunidad, influyendo positivamente en la realidad social de la localidad y del país[3]

Cuando la Hermana Pilar dice: unos jóvenes que "no caben", se refiere a lo poco llamativo que resultaba ser el espacio de la Parroquia, que en determinado momento permitió que jóvenes

---

[2] En el año 1988 la hermana Pilar Alonso realiza el curso de Planificación Pastoral en la Casa de La Juventud, desde donde elabora la propuesta de creación del CEC, que es fundado el 29 de septiembre del mismo año.

[3] LOZANO Escobar et al, *Las Artes Pastorales del CEC, documento de sistematización del CEC, Bogotá 2003*

de la localidad participaran en espacios como el coro y los grupos de catequesis, pero que quedaba corta ante la necesidad de promover otro tipo de acciones. A esto se suma el giro conservador que paulatinamente empezó a evidenciarse en las parroquias y de manera específica en Usme.

El CEC creció y se convirtió referente del trabajo comunitario en la localidad, así como de formación artística. A través de festivales anuales y de la realización de convenios a nivel distrital, logró reforzar la formación de públicos que de cierta manera ya venía realizando. Junto a los programas *Cultura en Común*, *Tejedores de Sociedad* y con la vinculación al *Festival Iberoamericano de Teatro*, tuvo relevancia a nivel distrital lo que dio pie a un aumento del intercambio entre formadores posicionando al CEC como espacio alternativo[4].

Tal vez la hermana Pilar no se imaginaba que el proyecto CEC llegaría a crecer de la manera en que lo hizo, y menos aún, que la apuesta por el arte arrojaría la posibilidad de contemplar la activad artística como proyecto de vida, capaz de incidir en la transformación social. Transformación que produjo un semillero de líderes que continúan desde distintas opciones y apuestas intentando mejorar su vida y la de los demás, a pesar de que cuando se dice transformación social el desencanto y en ocasiones la desesperanza aparecen. Creo que es cuestión de fe y mucho trabajo, y de cierta terquedad, apostar por este tipo de procesos. La vida se convierte en obra, la obra en testimonio. Como dicen por ahí; *por sus hechos los conoceréis*

De igual manera las familias de los aproximadamente dos mil participantes directos, se convirtieron en pequeñas pruebas de transformación; el arte había entrado en sus hogares permitiendo que sus hijos e hijas transformaran parte de su vida cotidiana desde la danza, la música, el teatro y las artes plásticas. Varias de esas familias apoyaban la realización de muestras y la participación en festivales, acompañaban a sus hijos e hijas y de paso argumentaban porque el CEC les había cambiado la vida. Ya no se trataba de un proyecto que intentaba por todos los medios justificar su hacer, sino que se convertía en referente para la comunidad, algo que surge de la continuidad y la firmeza en las apuestas. El CEC se posicionó como un espacio para la discusión, la reflexión y el goce, en el que arte y pastoral parecían dar pistas sobre una vida más digna y libre, conforme a las ideas Paulo Freire sobre la educación y los planteamientos de Orlando Fals Borda con la IAP. El CEC se convirtió en una comunidad al permitir que las generaciones que se formaban continuaran dentro del mismo como multiplicadores.

FIN DEL INTRO

---

[4] Al igual que otras localidades del sur de Bogotá, Usme ha tenido una tradición de trabajo comunitario que surge a la par del aumento de las problemáticas sociales. A finales de los 80 y principio de los 90, aumentó la denominada limpieza social, lo que generó en quienes teníamos nuestras primeras incursiones en el campo de lo comunitario, preocupación ante una realidad que se tornaba más agresiva. Por otra parte, las ofertas de grupos artísticos resultaban extrañas en un escenario local con muy baja oferta y con distintas manifestaciones de la pobreza.

Lo que quedó, reflexiones y cruces con el campo del arte

Hice parte de los grupos de artes plásticas como asesor y de manera posterior como coordinador del área artística, al igual del grupo de trabajo Paz Parce en el marco del proyecto Recreando Culturas de Paz y de Vida. Dichos proyectos acogieron en el CEC a jóvenes de parches y pandillas, así como a distintas agrupaciones de Rap y Break dance, que se vincularían con fuerza durante seis años de trabajo a través del hip hop, el deporte y la formación humana.

A través de la "Recopa" -Red de Conciliación entre Parches- en grupo de jóvenes se dedicó a diagnosticar los conflictos existentes entre parches y pandillas, para luego proponer un campeonato de futbol, "La Recopa" como estrategia de mediación de conflictos. Posteriormente los campeonatos incluyeron otros deportes y de paso juegos tradicionales, así como la realización de encuentros llamados "Búsqueda" en torno a los proyectos de Vida. Así mismo se realizaron seis encuentros en torno al Hip Hop, que a través de conciertos y mesas de trabajo abordaban la relación ente el Hip Hop y el trabajo comunitario, todo este desde el año 1996 hasta el 2001. Terminada esta etapa aparece propiamente el grupo Paz Parce, que resulta de los proyectos y actividades realizadas con un nuevo grupo de jóvenes, que se sumaba al CEC. Nuestro trabajo partía de una continua reflexión basada en el VER-JUZGAR-ACTUAR y en la ACCION -REFLEXIÓN- ACCIÓN, que se acoplaban de manera adecuada a nuestra idea de revisar las prácticas artísticas en relación con el contexto y que de paso hacia parte de los principios metodológicos del CEC.

El grupo se convirtió en un espacio para compartir la vida, luego de encuentros, talleres capacitaciones y discusiones sobre lo pastoral, decidimos dar fuerza a la posibilidad de compartir como forma de conocernos. Cada veinte días en un salón alguien traía sus fotografías y recuerdos familiares, que previamente habían sido escaneados, para ser proyectados, a la par, se preparaba un alimento, el más importante y significativo, el que le traía recuerdos de su infancia. Uno a uno los integrantes de Paz Parce compartieron su historia de vida, el origen de sus padres, su llegada al barrio, sus intereses y miedos. Esto permitió que apareciera la posibilidad de comprender al otro, de entender "por qué es como es", cuál es su historia; pero no como una especie de marca inmodificable, sino como algo susceptible de ser transformado.

Recuerdo el material las presentaciones hechas en diapositivas que acompañaban los talleres de pastoral; *El Hombre que no era Hombre, Mi paisano Me contó y el País de los Pozos*, que siempre nos causaba algo de risa por la pronunciación española, que se prestaba para todo tipo de chistes y comentarios de doble sentido, pero que expresaba la sensación de estar

construyendo algo juntos. Nosotros nos convertíamos en los pozos que paso a paso se vaciaban para poder escuchar y recibir al otro.

(…)Al seguir profundizando en su interior, descubrieron que todos los pozos estaban unidos por aquello mismo que era su razón de ser: el agua. Así comenzó una comunicación "a fondo" entre ellos, porque las paredes del pozo dejaron de ser limites infranqueables. Se comunicaban "en profundidad", sin importarles cómo era el brocal de uno o de otro, ya que eso era superficial y no influía en lo que había en el fondo.

Pero el descubrimiento más sensacional vino después, cuando los pozos que ya vivían en su profundidad llegaron a la conclusión de que el agua que les daba la vida no nacía allí mismo, en cada uno, sino que venía para todos de un mismo lugar... y bucearon siguiendo la corriente de agua... Y descubrieron... ¡el manantial!

El manantial estaba allá lejos: en la gran Montaña que dominaba el País de los Pozos, que apenas nadie percibía su presencia, pero que estaba allí, majestuosa, serena, pacífica... y con el secreto de la vida en su interior. Los pozos habían estado muy ocupados en adornar su brocal, y apenas se habían molestado en mirar a la montaña(…).

Exponer la historia propia sirve para encontrar lo particular, pero también lo común, lo que nos une, la construcción del Reino implica una construcción de comunidad, una experiencia, que no se aprende únicamente desde el discurso, sino que aparece desde el hacer, y por supuesto desde la reflexión sobre el hacer. Toda actividad que se realiza en el CEC se reflexiona, para poder aprender de ella. El barrio, el colegio, las situaciones de violencia, de injusticia se ven, se analizan y desde estas se proponen acciones. Ver –Juzgar –Actuar. El arte amplia la posibilidad de ver, enseña a ver a contemplar. Uno se contempla así mismo y a los demás, como en un ejercicio de dibujo que exige tiempo y paciencia. Se aprende a ver, se afecta uno por el ver, se sensibiliza como suele decirse. A esto siguieron montones de comidas, bailes, exposiciones y espacios de discusión, con el tiempo me di cuenta que me la pasaba organizando comidas y reuniones, en las que de cierto modo confluían los aportes de nuestros talleres de pastoral y las discusiones sobre el sentido del hacer en el barrio. Recordé una imagen, que se usaba para ejemplificar, creo, el Reino de los Cielos: unas personas en un banquete con cucharas inmensas que no podían llevar a la boca; y de repente se daban cuenta de que necesitaban del otro para poder comer. Y entonces en uno de los talleres con el grupo infantil de arte plásticas organicé un pequeño banquete de galletas, al que entrabamos convertidos en robots, con el cuerpo rígido, forrado de cartón: los robots no podían doblar los brazos, el movimiento de las manos era limitado, y así poco a poco en medio de la risa uno a uno fueron ayudándose para comer. El arte genera espacios para darse cuenta, plantea interrogantes, cuestiona actitudes. Si uno no Ve no puede darse cuenta, si no se da cuenta, no se puede cambiar nada. Pensando como Freire… es necesario generar preguntas.

Allí empezaban a esbozarse un tipo de encuentro entre arte y pastoral, algo que me atormentó en cierto momento, pues me rechazaba a pensar la pastoral únicamente como la relación con lo sacramental y muchos menos con ir a misa todos los domingos. En un momento fui

calificado como ateo dentro del proyecto, y, para completar la universidad me dejaba una sensación extraña. Estudiaba artes plásticas y saltaba de un mundo al otro; del barrio a la academia, de academia al barrio. En la universidad era un fenómeno marginal, en el CEC un estudiante de arte que amenazaba con su ateísmo. Hasta que a principios del años 2000 apareció Joseph Beuys y su concepto ampliado del arte, y la plástica social, entonces salí corriendo para el CEC, inocente pensando que lo que planteaba Beuys empataba con la idea de pastoral, con la educación popular y por supuesto con la construcción de Reino de los cielos en la tierra, mejor dicho, me volví hippie y posmoderno. Un artista era como un pastor, alguien que guiaba al rebaño, es decir a la comunidad, y el arte no era propiedad de un elegido sino de todos y todas, cada uno podía construir y transformar, cada uno era parte de la historia, la predeterminación podría ser modificada; el libre albedrío, la libertad, lo democrático aparecían en medio del discurso de un artista del que apenas había visto una imagen. Las palabras empoderamiento y libertad cobraban otro significado. La respuesta parecía obvia; en el hacer se encontraba la relación entre arte y pastoral, en la acción, más no en el discurso: lo pastoral implicaban una toma de postura y una serie de acciones que iban más allá de predicar el evangelio desde la palabra, el evangelio necesitaba peso, necesitaba ser ejemplo, no regaño, no aleccionamiento. La vida en comunidad dedicada al arte nos había dado entonces la posibilidad de reconocernos y tratar de entendernos, así como cuando en una clase de pintura se descubre que el gris siempre esta lleno de otros colores. El arte irrumpe en lo cotidiano para llamar a la tención, detiene el tiempo, para poder ver, para ser reflejado, al igual que las zonas temporalmente autónomas de Hackim Bey. Es necesario detenerse para ver, para verse, y de paso entender por qué se vive como se vive, Revisarse- revisando, una especie de juego entre retiro espiritual y performance. Los ejercicios espirituales casi a la par de días y meses de ensayo para descubrir el peso, el equilibrio, la presencia de un músculo, la potencia de una línea, la presencia de otro cuerpo que se une y se separa, así como de un sonido que se suma o que se opone, como en una orquesta, reconociendo la presencia del otro, de lo diverso, de lo que habla sin hablar. Toda esta emoción me llevó a pensar en el performance, en el cuerpo; tal vez el arte permite recuperar el cuerpo: el cuerpo individual, el cuerpo social. Permite reconstruirse junto con otros, religarse, permite sentir que se puede, que aún en la situación más compleja se tiene poder y dignidad.

En el 2004 abandono el proyecto en el que me forme, algo golpeado y decepcionado. Me voy a vivir a México, a estudiar. El ñero sale de Usme y se jurá dejar todo para dedicarse a una vida más individual, esa que dicen uno debe tener o de lo contrario es un pendejo. Luego de tres meses de deambular por esta nueva vida me encuentro con Jorge Atilano, que venía de trabajar en Honduras con jóvenes pertenecientes a la Mara Salvatrucha.

Jorge es jesuita, me lleva a caminar por el plantón de López Obrador, a comer tacos, me da trabajo y de paso me lleva a Tabasco donde realizo los ejercicios espirituales, salgo emocionado, y le digo entre risas: menos mal que soy artista o si no terminaba de cura… es que nunca me les puedo escapar del todo a los Jesuitas…

Con Jorge viajé por todo México, realizando nuevos talleres, nuevas comidas. Me propuso que aportara algo de arte a los talleres y convivencias que ofrecían para jóvenes de diferentes

estados del país. Entonces siento que mis amigos se me aparecen en cada uno de los rostros nuevos y empiezo a viajar. La vida se hace una aventura otra vez, voy a Tixtla, a Nayarit, a Puebla, visitó comunidades indígenas y grupos pastorales de los rincones menos turísticos del país. Hago una parada en Tehuacán y visito a viejos amigos del SEPICJ[5], y empiezo a vivir ahora sí, más hippie que nunca; no tengo dinero pero viajo a todos lados, aparece la comida, el vestido y el hospedaje, duermo en casas de desconocidos que en cierto modos no lo son y escucho las confesiones y las lágrimas de personas que sobreviven; la injusticia se comparte pero también la posibilidad de hacer… y entonces Jorge me dice que continúe con la maestría, pero le digo que no puedo, que en migración creen que soy guerrillero y que no me dieron la beca, que así está bien todo, y que muchas gracias

Conclusiones

Es complicado hacer una síntesis de los años en que me he dedicado a hacer lo que me gusta, y mucho más, pensar en las relaciones de la teología de la liberación con el Arte, ya que un día creo que las descubro y al otro se me olvidan. Parte de mi ateísmo se reconfiguró desde la experiencia estética y ahora encuentro que dejar de creer no es tan fácil, y que construir el Reino es una tarea silenciosa y de persistencia; es como tallar una piedra, pero también como convertirse en situacionista y crear el ejercito de liberación de la vida cotidiana, y también en anarquista con Hackim Bey, a la cabeza para crear sus Zonas Temporalmente Autónomas, y al final regreso a Beuys y pienso de nuevo en la figura del pastor y en como lo colectivo se expresa en mi experiencia y no me deja de habitar. Pienso en la educación de otra manera, de muchas maneras, que a veces no parecen educativas y me sigo asombrando descubriendo el agua tibia, es el arte de la sorpresa sostenida.

Para terminar algo que encontré en un texto de Rafael Ávila

(…) No ha dejado de ser esta la hora de la palabra; pero se ha tornado con dramática urgencia, la hora de la acción. Es el momento de inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar(…) Rafael Ávila, La Liberación, Editorial Voluntad pág. 7 Bogotá 1969

Y una de Bruce Lee:

La acción es nuestra relación con todo

---

[5] SEPICJ A.C Servicio de Promoción Integral Comunitario Juvenil -SEPICJ- México, Tehuacán Puebla